

No se me achicopalen...

Francisco Vargas

Cuando tienes que alejarte de la familia, olvidar toda tu vida y empezar desde cero, con frecuencia te embarga la melancolía. Tal es el caso de mis padres, María del Rosario Ramírez Reza y Rodolfo Vargas Gutiérrez, que por tratar de darnos una mejor vida pasaron por mucho sufrimiento. Lamentablemente, ellos no tenían otra opción que venirse a vivir a los Estados Unidos. Este país les ofrecía lo que ellos buscaban: “el sueño americano”, una mejor vida y una buena educación. Pero como dice mi papá: “en este mundo nada es gratis”. Tenía razón ya que el “sueño americano” lo pagaron con llantos.

Con lágrimas en sus ojos, mis padres abandonaron su tierra natal, Matamoros Coahuila. En Los Ángeles, California nos esperaba una nueva vida. Nos subimos al camión junto con ellos: Rudy, Rossy y yo, con una sonrisota en la cara, pensando que Estados Unidos sería un lugar lleno de pura diversión y alegrías. Cuando nos sentamos miré a mi mamá que estaba sollozando; le pregunté: “¿Por qué lloras mami?” Ella me contestó: “De alegría, porque sé que les va a gustar mucho este lugar”. Yo sólo tenía once años, para mí todo era felicidad, nunca pensé que mi madre me estaba mintiendo.

Al arribar a nuestro destino nos recibieron mis tíos, hermanos de mi mamá, quienes nos dieron la oportunidad de quedarnos en su casa mientras nos establecíamos. Al día siguiente mi tío llevó a mi papá a buscar trabajo, pero desafortunadamente no encontraron nada. Pasaron dos semanas y mi padre aún seguía sin empleo. Empezó a desesperarse lo que hacía que se pusiera de mal humor. “Todo está saliendo mal” –decía mi papá. Era verdad, no teníamos ni un mes en ese lugar y nuestras vidas iban de mal en peor, y para acabarla de amolar, recibimos una llamada de mi tía de México, hermana de mi mamá, dándole la noticia a mi madre de que mi abuelita estaba enferma.

Mis padres hablaron esa noche y al día siguiente nos dieron la noticia de que mi mamá tenía que regresar a México a ver a mi abuelita, tal vez por última vez. Mi mamá nos dio un beso en la mejilla y nos dijo: “se portan bien y háganle caso a su padre”. Mi madre es una mujer muy noble, humilde, cariñosa y es rara la vez en que se molesta o se deprime. Ese día, ella en verdad se entristeció, no quería dejarnos, pero no tenía otra opción. Todo el camino en el camión, iba lamentando haberse venido a vivir en los Estados Unidos, porque nuestras vidas eran miserables. Tenía razón ya que lo único que hacíamos era batallar. Mi padre nos animaba diciendo: “No se me achicopalen, no hay mal que por bien no venga”.

Dos semanas después de la despedida de mi madre, mi papá encontró trabajo en Hollywood, de guardia de seguridad, en un Taco Bell. No era artista ni persona famosa, su trabajo no era de lo mejor, pero a él le alegró la vida y le cambió el humor. “Por fin tendremos dinero” –decía mi papá. Las cosas empezaron a mejorar, mi abuelita mejoró, mi mamá regresó con nosotros. Todo era felicidad, mi padre tenía razón: “no hay mal que por bien no venga”.

Poco después nos mudamos a Colorado, a empezar otro capítulo en nuestras vidas. Arribamos a Johnstown, Colorado, un pueblito muy pequeño y tranquilo, empezando nuevamente desde cero. A mis padres en verdad no les estaba gustando la idea de vivir en los Estados Unidos ya que mi papá se la pasaba trabajando todo el día y mi mamá encerrada en la casa. “La vida de aquí comparada a la que teníamos en México es muy solitaria y deprimente” -- decía mi mamá, quien no conseguía ni ha logrado todavía adaptarse a la vida de aquí.

“El sueño americano” - dice mi papá soltando una carcajada. “No se necesita separarse de la familia para poder cumplir un sueño. Nosotros vivíamos mejor allá en Matamoros que aquí, pero le agradecemos a Dios por darnos a unos hijos como ustedes, que le echan muchas ganas al estudio. Para mí, ése es mi sueño”.